

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 17 de Diciembre de 1899.

Número 25



Un lector de Boccacio.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Esta es, año por año, una semana ruidosa, porque las fiestas populares, como el mar inquieto, atruena el aire con sus algazaras y sus ruidos.

Sin embargo, para los espíritus solitarios y silenciosos, estas alegrías escandalosas y frenéticas tienen una invencible repugnancia.

A veces esos rumores se convierten en causa dolorosa de mil pensamientos extraños y extravagantes quizá.

Es singular cómo ciertos ruidos, ciertas notas y ciertas voces nos desgarran, vierten en un segundo en el alma todo el dolor, toda la locura y angustia que puede contener.

Un gran poeta describe así un estado de ánimo que provocó un ruido cualquiera.

Escuchaba, esperando, y oí otra vez aquel ruido que parecía salir de mí mismo, como arrancado á mis nervios, y que resonaba dentro de mí como un llamamiento íntimo, profundo y desconsolado. El débil y caprichoso sonido pasaba sobre mí, como sembrando espanto y delirio, pues al punto tuve la potencia de despertar el horroroso desconsuelo que de continuo dormita en el alma de todos los humanos. ¿Qué era? Era la voz que grita incesante en nuestro pecho, que nos echa en cara, de modo continuo, obscuro y doloroso, punzante, inolvidable y feroz todo cuanto hemos hecho y al mismo tiempo lo que hemos dejado de hacer; la voz de los vagos remordimientos, del pesar irremediable, de los días acabados, de las mujeres que tal vez no hubiesen amado, de las cosas que desaparecieron; las vanas alegrías, las muertas esperanzas, la voz de lo que pasa, de lo que huye, de lo que engaña, de lo que desaparece, de lo que hemos conseguido, de lo que no conseguiremos nunca; la flaca vocecilla que pregonaba la inutilidad del esfuerzo, la impotencia del espíritu y la debilidad de la carne. Me decía con su breve murmullo, que comenzaba á cada paso en el triste silencio, todo cuanto confusamente había deseado, esperado, soñado, todo cuanto hubiera querido ver, comprender, saber, apreciar; todo cuanto mi pobre, insaciable y débil espíritu había rogado con la inútil esperanza, todo aquello hacia lo que intentó volar, sin conseguir romper la cadena de ignorancia que lo sujetaba.

Eso es lo que las almas solitarias y contemplativas suelen sentir en la honda noche, cuando pasa frente á ellas la verbena popular con su algazara de mar inquieto.

Se ha levantado por fin una estatua á Fernando de Lesseps, el "gran francés," como le llamó Gambetta en un momento de entusiasmo y el pueblo parisiense en un instante de delirio. ¡Oh! merecía ese homenaje, á pesar de su caída de Panamá.

La obra monumental de Lesseps, ó bien la obra monumental del siglo XIX, había de ser sin duda alguna el Canal de Suez.

Y un día, la mirada que se detuvo en Suez—la lengua de tierra desde donde viera Moisés desaparecer en las aguas de la marea que subía el famoso ejéctico de Faraón—detúvose en Panamá, la tierra por donde pasó Bolívar para ir hacia el Sur á completar la Independencia de América.

Panamá fué la tumba de grandes capitales, del honor de muchos hombres y de millares de personas. Y un contemporáneo escribía estas palabras á raíz de la muerte del gran hombre:

El venerable anciano hubo de ser condenado como corruptor de altos empleados públicos, pero la sentencia no fué notificada. La dureza empleada en el ruidoso proceso se calmó llegado que fué el momento de anunciarle el fallo de los altos Tribunales de Justicia. ¡La cana cabellera del va moribundo anciano impuso el respeto que se debe á la desgracia. ¡Pobre viejo! ¡murió ignorante del formidable escándalo!

La posteridad habrá de levantar á la entrada

de Suez y de Panamá la estatua de Lesseps para absolverlo así ante la historia de los cargos con que sus contemporáneos hemos pretendido manchar su nombre ilustre.

Y la predicción se ha cumplido.

Lesseps tiene una estatua. Es un triunfador de ultratumba.

Los periódicos italianos anuncian el próximo estreno de una ópera de Puccini: "La Tosca."

Me causa extrañeza y no acierto á explicarme con claridad cómo los elementos dramáticos de Sardou, tan deleznable y poco psicológicos, tienen, según parece, un atractivo tan grande para los modernos compositores, todos ellos profundos conocedores del corazón humano.

Ya es sabido que Sardou, según la frase de un escritor célebre, posee fortuna, gloria, un público atiborrado de golosinas, y una crítica idólatra.

Porque golosinas, y no alimento sano y fortificante, son las obras dramáticas del aplaudido autor de "Dora."

Sardou ha sido un gran triunfador, porque ha sabido explotar á maravilla todos los asuntos de interesante actualidad; posee el instinto del momento oportuno para lanzar una producción á la escena. Ah! y conocimiento teatral.... vaya si lo tiene!

El conoce todos los ocultos resortes, todo el convencionalismo escénico, todos los golpes de efecto, y ahí le teneis dominando al público, emocionándolo, forzándole á aplaudir, y manteniendo en apogeo sus obras por más de doscientas y trescientas representaciones.

Cuando Sardou llega, y llega las más veces, á armar una obra con toda clase de tramas, logra escribir escenas interesantes, diálogos, frases enérgicas, situaciones conmovedoras que absorben por completo la atención del espectador.

Pero cuando de vuelta del teatro, se recoge uno en sí mismo para analizar la impresión, nota inmediatamente que el artificio á que ha recurrido Sardou, no deja la más leve huella en el espíritu, ni genera una nueva idea, ni, como los grandes maestros, imprime el troquel de sus creaciones en la encendida plancha de la memoria. La impresión, pues, ha sido rápida y efímera. Inmediatamente volvemos en nosotros para reconocer el engaño.

Ah! las situaciones son falsas y están tejidas con hilos muy gruesos; los personajes son manequías, no hombres; Sardou ha logrado el movimiento, no la vida.... pero es un diestro prestidigitador que nos entretiene con sus juegos y escamoteos. Un crítico suyo dice: es un almacenista de juguetes, que tiene á la venta preciosos muñecos parlantes. Sardou no se propone más que una cosa cuando escribe: conquistar al público á toda costa, achicándose á su medida cuanto haga falta. Su ambición no va más allá de los aplausos. Ya con esto se empieza á comprender. Nada tan penoso como una verdad. Sardou ameniza las verdades dislocándolas. Exagera todos los pormenores, hasta ponerlos en caricatura; coloca en un rincón novios de mantequilla, y divierte á la concurrencia con juegos de salón.

Pero el armazón crujiente y defectuoso de sus dramas está cubierto por telas brillantes y coloridas; suele asomar un alambre y rasgar la vestidura, pero el habilidoso constructor pone allí más luz y más interés para que la vista se deslumbrase y el criterio se divague. Es un consumado maestro en su arte, iba á decir oficio.

Sardou ha puesto su gran talento á disposición del gusto dominante.

Dicen que cuando alguien le echa en cara sus defectos, él se sonríe maliciosamente. Es académico; es popular; y tiene rentas suficientes para pagar un palacio. ¿Puede ambicionar mayor gloria un hombre á quien el teatro ha dado todo esto?

No obstante, después de la "Fedora" de Giordano, viene la "Tosca" de Puccini.

Veremos qué pudo hacer con este drama, de un desesperante efectismo, el exquisito cantor de Mimí y de Manón.



El Exterior

Revistas Políticas y Literarias

- 1.—El Ministerio Waldeck—Rousseau.
- 2.—El socialismo transformándose en partido de gobierno.
- 3.—Un libro de Hans sobre la intervención.
- 4.—Lo que debemos á los Estados Unidos durante la intervención.
- 5.—Lo que ellos nos debieron.

Me empeño en creer que M. Waldeck-Rousseau sacará su ministerio avante hasta el próximo receso; es lo que se llama "un tour de force," en español de "boulevard." No ha sido para él un lecho de rosas el tal ministerio; el hombre menos jacobino del mundo republicano, se ha puesto en ciertos momentos el chaleco de grandes solapas de Robespierre, y el más anti-colectivista de la Francia política, parece dar oídos á las sujestiones de su colega Millerand que tiende á hacer del Estado un órgano del "trabajo en lucha con el capital."

Esta actitud es sumamente curiosa, interesante é inquietante; en honor de la verdad, nadie creyó que esta reunión de hombres venidos de puntos tan distintos y tan distantes, para reunirse detrás de una trinchera y cerrar con sus cuerpos una brecha, pudiera militar bajo una misma bandera al día siguiente de la retirada del enemigo. ¿Hasta dónde llegarán para mantener esta unión las concesiones mutuas? ¿Se ha formado un socialismo de gobierno que de hoy en adelante puede tomar parte oficial en la dirección de la República? La verdad es que si el partido socialista tiende á transformarse en uno de sus grupos más importantes desligándose por completo del anarquismo (antagonista por esencia de toda organización social procurada por el Estado) el partido liberal se ha disuelto ya al declararse impotente para facilitar la solución de las cuestiones sociales, por no mermar la facultad del individuo para disponer de lo suyo á su guisa, "para usar y abusar," según la definición clásica, y que, por consiguiente, niega al Estado el derecho de obligar, v. g., al patrón de una fábrica á asegurar contra la miseria final á los obreros inutilizados. Este liberalismo del antiguo tipo es ya una reliquia; ahora el liberalismo parte en sus programas de esta verdad, á cuyo establecimiento ha concurrido todo el trabajo de la sociología moderna para definirse: individualismo y socialismo son denominaciones vanas si se presentan como antitéticas; precisamente el derecho individual está en razón directa de su carácter social, y el objeto del Estado, hasta en los términos mismos en que lo indican las constituciones como la nuestra, está formulado por una ecuación entre el interés social y el derecho individual: los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales.

Waldeck-Rousseau representa este liberalismo nuevo, que no es moderado, sino moderador; que toma en cuenta todas las condiciones que al Estado moderno rodean, todas las exigencias justas de los grupos que luchan por el poder en el campo político y que las resume en una condición suprema: la existencia de la República.—Cuando aceptó, con tal cual modificación, con tal ó cual letrado, la exhibición de la bandera roja en la gigantesca manifestación política llamada "el triunfo de la República," yo temblé: de veras me pareció que una concesión más y el "leader" del partido republicano puro en Francia se volvía socialista y entraba á depender de Millerand su colega, á pesar de sus breves declaraciones desdeñosas en la sesión en que obtuvo tamaño voto de confianza: "nos hemos puesto de acuerdo para defender á la República, y yo no había de ir á buscar mis colaboradores entre sus enemigos: pero ni mis colegas socialistas ni yo hemos abandonado nuestros programas y, pasada la urgencia cada uno encontrará el suyo."

Y yo me preguntaba: ¿pues qué, el peligro no ha pasado? Y me respondía: tal vez se espere el fin de los demasiado largos debates en "la Alta Corte," es decir, en el Senado, ejerciendo sus funciones de cuerpo judicial. ¿Cómo terminarán estos debates? Me parece un indicio claro del resultado fi-

nal la decisión de la Corte sobre su competencia. La ley abre la jurisdicción del Senado como Corte cuando se trata de un "atentado," y los "derude-listas" y colegas están acusados de "complot; pues listas" y colegas están acusados de "complot," pues la primera parte del atentado, y se declaró competente! Es un poco forzada la interpretación, pero indica cierta solidaridad de miras entre el Ejecutivo y el Alto Cuerpo. Habrá, pues, condenación de algunos, leve, probablemente; mas quedará establecido que no se puede conspirar impunemente contra la República, aunque como los mismos acusados han dicho, sus conspiraciones fueron pueriles; esto es buscar el ridículo como circunstancia atenuante, dijo W. Rousseau. Y quedará demostrado que la conspiración no tenía importancia "interna" de ninguna clase, pero sí la tenía "externa;" sí podía súbitamente constituir un núcleo de resistencia al gobierno, que en la tremenda excitación de los días en que se rejuzó á Dreyfus, podía hacer nacer un peligro de suprema gravedad.

Pero el mismo Presidente del Consejo lo ha dicho: el peligro ha pasado. La penúltima vez que se reunió la Cámara, hubo necesidad de organizar toda la policía de París en torno del Palacio del legislativo y acuartelar la guarnición; el ministerio actual no ha necesitado de cincuenta gendarmes para cuidar de la seguridad de los legisladores en la apertura de la sesión actual. El peligro, pues, ha pasado.

Pero entonces surgió la idea, y era necesario que surgiese, de aprovechar las lecciones de la experiencia para preservar á la república de conflictos análogos, á los que la hicieran tambalear; blindarla mejor para aumentar su coeficiente de resistencia á los choques. Todo lo que en materia de reorganización de la dirección suprema del ejército y de la justicia militar, se ha propuesto ó decretado ya á ese fin, sin duda ha sido muy bien pensado. Pero además, se han proyectado leyes un poco inquietantes y de cierto aspecto jacobino, aunque tal vez sea una simple apariencia: me refiero á la ley sobre asociaciones, que hará imposible la vida de muchas asociaciones religiosas, y la que limita la libertad de enseñanza con el pretexto de reglamentarla. No las censuro, no conozco los textos; pero no desearía que, para desquitarse de la parte activa que una fracción del clero y de los clericales, tomó en la inmensa confabulación para desprestigiar á la República, á que dió origen el asunto Dreyfus, se dictasen leyes que pudieran ser tachadas de sectarias y se abriese un nuevo período de "Kulturkampf." Claro que la República será perdurable en la proporción en que mejor organice la educación de las generaciones nuevas; claro que á eso tienden las leyes de salvación promulgadas bajo los auspicios del eminente Julio Ferry, que los clericales llaman "les lois scelerates," pero claro también que ellas bastan, y que abandonaría el partido liberal su papel de moderador, si para satisfacer la clerofobia socialista, apoyase al gobierno que renovara una lucha confesional.

Mucho más mal ha hecho al catolicismo como secta política en Francia, la actitud republicana de León XIII, que todas las prédicas iconoclastas de los clubs socialistas, y se trata de no arrancarles las riendas de la mano, convirtiendo á la república en un gobierno de persecución. Por fortuna, la actitud de W. Rousseau enfrente de la tentativa de supresión del presupuesto de cultos y de la embajada en el Vaticano, tranquiliza bastante y su triunfo da esperanzas fundadas de que, si permitió pasear por las calles de París la bandera roja, el andrajo de guerra civil, como le llamó Gambetta, aun guarda la enseña tricolor de la república, su lema verdaderamente nacional de "libertad y paz."

Alberto Hans, el oficial imperialista que, con la imparcialidad posible en un vencido y en un profundamente adolorido, contó, en un libro que es popular, las trágicas y heroicas peripecias del sitio de Querétaro, acaba de reunir en un folleto algunos artículos recientemente publicados sobre los historiadores mexicanos de la guerra de Intervención. Todo lo que ha ganado el antiguo oficialito francés de la brigada del cruel Ramón Méndez, en serenidad de juicio, en equidad de apreciación y en exactitud de información, lo ha dejado ver en su muy breve, pero muy interesante opúsculo. Esto lo decimos á pesar de no estar conformes con el excelente escritor en toda una escala de opiniones,

desde la verdaderamente pecaminosa que pone en parangón al diestro y agradable (y poco escrupuloso) narrador Luciano Biart, con el exquisitísimo artista que se firma Pierre Loti, hasta la que niega con irónica cortesía á los mexicanos el apellidar "una guerra de independencia" á la lucha con el imperio y la intervención.

Eso fué, sin embargo, en toda la fuerza del término; si una guerra eminentemente nacional sostenida contra un ejército extranjero que ha invadido un país para organizar en él un gobierno que, sin raíces en la historia, en las costumbres ó en la opinión, esté perennemente á la merced de su sostenedor y bajo su tutela forzosa y forzada, no es una guerra de emancipación y de independencia, mal pueden llamarse guerras de independencia las de Polonia en la última década del siglo pasado y en 1830 y 63; la de Italia en 48-49, la de España iniciada en 1808 y la de Alemania en 1813. No es preciso que una guerra nacional tenga por objeto "sacudir un yugo secular" para poderse llamar de independencia, basta que se trate de un "yugo extranjero," para que lo que sea. No es, pues, legítima la censura del señor Hans, es una "chicana" de palabras.

Y aquí va un recuerdo mío muy personal: yo, simple y gordo estudiante de filosofía y derecho, complicados con la lectura asidua de los folletos antinapoleónicos de V. Hugo y de cuanta obra revolucionaria podía pescar, asistí á algunas conferencias de hombres perfectamente probos y liberales que dieron su adhesión al imperio, en virtud de este razonamiento que oí repetir cien veces: la República no puede restablecerse contra el empeño del emperador francés resuelto "evidentemente" á apurar en México todos sus recursos hasta lograr la pacificación; el gobierno legal de Juárez va á acabar ó ha acabado, sin substitución constitucional posible; Juárez para sobreponerse á los franceses, necesitará venir en los bagajes de cien mil americanos: la independencia del país, que es antes que la República, tiene, pues, dos amenazas supremas: el imperio sostenido por los franceses; la república restaurada por los americanos. Tenemos, pues, el deber de ayudar á quien trate de impedir estos dos peligros. Los que habían hablado con Maximiliano (podía yo citar nombres, lo haré en mis memorias) afirmaban que el príncipe les había comunicado confidencialmente este programa: si el partido liberal me ayuda, prometo, en primer lugar, y esto de acuerdo con las miras de Napoleón, consolidar la obra reformista, con ó sin el asentimiento de la Iglesia. En segundo lugar, hacer inútil por medio de la paz no sólo impuesta, sino aceptada y por medio del divorcio con el partido "mocho," que nos atraerá á los liberales militantes, la permanencia de los franceses en México; obtenida así esta independencia, yo doy á ustedes (decía Maximiliano) mi palabra de honor, de que me considero un jefe provisional y de transición de la nación mexicana, que, una vez consolidada nuestra independencia en ambos sentidos, hemos de llamar al pueblo á una consulta libre, enteramente libre, y si se pronuncia por la República, entregaré el gobierno á quien elija; lo natural es que sea Juárez.

Ahora es cuando vemos la dosis formidable de ilusión que había en este modo de pensar; entonces era muy difícil, casi imposible, ver claro y ver recto. De este error vino la adhesión de muchos al Imperio, no del deseo "inhumano" de traicionar á la Patria; creyeron servirla, los que no estaban obcecados por la pasión política ó religiosa, los que no podían partir del concepto de que no hay patria sin religión y menos contra la religión. Y cierto, la franqueza en apariencia incontestable, del razonamiento que acabo de simplificar en unas cuantas proposiciones realza el mérito de quienes se mantuvieron firmes en torno de la bandera republicana en una lucha que, durante una época, fué sin ilusiones, casi sin esperanza; esto lo ha de haber oído alguna vez el Sr. Hans de boca de nuestro común amigo el Sr. Altamirano.

El autor sirve á sus lectores franceses una suposición que aquí y allá habrá de parecer peregrina. Hablando de la necesidad de la guerra entre los Estados Unidos y Francia, caso de que Napoleón III se hubiese resuelto á dejar en nuestro país el ejército de la intervención, da como segura la rendición de las tropas francesas, lo que efectivamente

es indudable, y conjetura que á consecuencia de esto, habría caído el trono imperial en Francia, lo que habría retardado la guerra con Alemania hasta que los franceses hubiesen estado en aptitud, por la realización de un plan de reformas militares, de aceptar la guerra con probabilidades de buen éxito. Hay en este ensueño dos hipótesis pasmosas: la una consiste en creer siquiera posible (y lo posible sólo es conjurable) que con la conciencia plena de una guerra inevitable con los Estados Unidos, el emperador francés hubiera dejado aquí al ejército; éste habría sido el más consciente de los suicidios y el más estúpido. Consiste la otra en pensar que los alemanes, que no sólo habían pensado en la guerra con Francia y la habían preparado minuciosamente, sino que desde Sadowa estaban, con los ojos clarividentes del terrible Bismarck, en acecho de una coyuntura, no hubiesen aprovechado la guerra con los Estados Unidos para caer sobre la Francia desarmada y vencida de antemano; no habría habido ni Sedan ni Metz por ventura, pero de seguro habríanse registrado espantosos desastres en París, Lyon y Burdeos ó cosa así, no habría sido la anexión de Alsacia y Lorena la que se habría registrado en el tratado de París, sino además la sumisión de la Champaña y la entrega de la escuadra.

Precisamente esto fué lo que determinó á Napoleón á retirarse: tres cosas exigían con la exigencia de tres fatalidades ineluctables, la retirada del ejército francés: 1a. la imposibilidad de aclimatar en el suelo mexicano formado por la lava de las revoluciones, una monarquía: la resistencia creciente ó decreciente, pero incesante del pueblo á los invasores, que llegó á formar, para estos mismos, la demostración perfecta de la primera verdad que está documentada ya y lista para ser utilizada por la historia: 2a. la amenaza cada vez más clara de una guerra con la triunfante federación americana; cierto que hubo un momento en que se pensó organizar la resistencia y en que Napoleón ofreció á Bazaine mandarle los refuerzos necesarios, pero esto fué una de tantas veleidades del irresoluto soberano, y pronto se encomendó á la diplomacia dar un aspecto decente á un abandono inevitable: 3a. el estado de la cuestión germano-italiana en Europa. Si antes de Sadowa pudo haber vacilación, no la hubo después; la concentración y reorganización de todas las fuerzas de Francia era la necesidad suprema. Y estas tres fatalidades se combinaron con una espontaneidad admirable: la resistencia del país fué la base de la política expectante primero, exigente después y apremiante al fin del gabinete de Washington; esa fué la base: fué la fuerza de esa política el fin de la guerra de secesión y la posibilidad de dar al ejército triunfante un empleo que, por cierto, habría sido desastroso para nosotros, y que nuestros generales republicanos, aun en forma de ayuda voluntaria, declinaron ó rechazaron; y fué la ocasión para esa misma política, la actitud de Alemania. Todo esto resulta ya bien claro para el que estudia los detalles de esta lejana tragedia de ayer.

Y las lucubraciones del Sr. Hans nos inducen á resumir aquí algunas observaciones sobre la ayuda que debimos á los Estados Unidos, y que, hay que confesarlo paladinamente, sea cual fuere su móvil y aun cuando éste se juzgue limitado precisamente á la misma serie de causas determinantes de la famosa fórmula de la doctrina Monroe, el resultado obliga la gratitud nacional; la flamante carta del Sr. Mariscal ha dicho en esto una incontrovertible verdad. Pero puede decirse algo más; yo creo que aun cuando la guerra de secesión se hubiese prolongado tres años más, los franceses se habrían visto obligados á abandonar su desatentada empresa mejicana y el imperio habría venido por tierra; así es como este problema debe estudiarse, es inútil plantearlo en este otro sentido: ¿los republicanos habrían acabado por obligar á los franceses á reembarcarse después de vencidos en los campos de batalla? Esto es ocioso históricamente hablando, porque la discusión no llegaría nunca á un fin cierto; no tendría objeto, por la imposibilidad de poder aplicar á la cuestión un rigoroso cálculo de probabilidades.

Planteadas la cuestión en los términos indicados, basta, en mi sentir, fijarse en las tremendas dificultades que fueron atajando la libre acción de Francia en Europa, desde la entrada en plena actividad militar del reino de Prusia en la lucha con Dinamarca para comprender lo que antes dijimos: no

había posibilidad para Napoleón de dejar comprometida la espada del Imperio en ninguna aventura marginal; le era forzoso, angustiosamente forzoso, tener en mano todo el ejército. Las exigencias de los Estados Unidos precipitaron esta decisión, ó mejor dicho, proporcionaron á Francia, ante la Europa ansiosa, un pretexto para volverse y desamparar á su infortunada criatura, sin necesidad de revelar ostensiblemente sus gravísimos temores por su propia conservación.

Esto en nada menoscaba el servicio que los Estados Unidos nos prestaron; sencillamente tiende á demostrar que si la República les debió una condición de primera importancia para realizar su triunfo de 67, no les debió la vida.



Pero si inestimable fué ese servicio, nosotros no sólo pusimos al gobierno de Washington en condiciones de prestarle, por nuestra resistencia tenaz, sino que antes nuestra actitud constituyó también un servicio tan señalado á la Unión americana, es decir, á la causa federal, que si no supera al que nos hicieron, sí es de elemental equidad histórica ponerlos en parangón.

Constan estos hechos:—1o. Lo que Napoleón III llamaba "el gran pensamiento de su reinado" consistía en crear un imperio en México bajo los auspicios de Francia, llamado á ejercer una suerte de hegemonía sobre el mundo latino-americano y á contener el movimiento expansivo de los Estados Unidos. Con este pensamiento "de derriere la tête" fué el imperio francés á la convención de Londres y esto ministra la clave de la actitud de Francia en la ejecución del convenio tripartito.—2o. Parte importantísima de la realización de su designio era para Napoleón, no sólo la prolongación de la guerra de Secesión, sino el triunfo de los confederados, es decir, el desmembramiento de la Unión anglo-americana. Y no hizo sobre esto una terminante declaración pública por los escrúpulos de Inglaterra, cuyo gobierno deseaba unir su política á la imperial, pero que no lo osaba hasta ver bien dibujada la situación militar de los Estados Unidos. Una gran fracción de la opinión inglesa, á pesar de la general antipatía hacia la causa de la esclavitud, apoyaba vivamente la actitud hostil á los del Norte; de aquí vino, como primer paso, la declaración de neutralidad entre los contrincantes, que tendía á dar á una guerra civil un carácter internacional.

Halagando los ensueños napoleónicos la Emperatriz Eugenia y el duque de Morny, hermano bastardo del emperador, empujaron á Francia hacia México para restaurar el predominio del elemento hispano-eclesiástico la una, para realizar un agio inmenso el otro.

Al comenzar la guerra de intervención todo era indeciso en la contienda norte-americana, nada podía preverse, no en cuanto al resultado que generalmente se juzgaba favorable al Norte, sino á su duración que los conocedores calculaban en 10 años. Mas en los últimos tercios del año de 62,

Jackson primero y Lee después infligieron tan serios descalabros á los federales, que la toma de Washington llegó á darse por cierta. Y he aquí lo que de esta reminiscencia resulta: si de Mayo de 62 á Mayo de 63 los franceses no hubieran tenido todas sus miras concentradas en la conquista de Puebla; si no hubiese limitado su acción al camino de Veracruz la victoria del General Zaragoza; si esta victoria que inmovilizó al invasor no hubiese permitido poner en movimiento los elementos de resistencia posibles en un país agotado por la última cruentísima guerra civil, el ejército francés dueño desde entonces de México y de las principales ciudades del Interior, dueño de los puertos del golfo, habría arrojado su espada en la balanza del lado del Sur y habría arrastrado á Inglaterra y á España en pos suya. Entonces el desmembramiento, destino forzoso, íbamos á decir "biológico" del enorme organismo anglo-americano se habría anticipado de un siglo y no es una insubstancial metáfora decir que el porvenir del mundo americano palpitaba en la bandera de victoria de Zaragoza.

Cuando en Mayo de 63 Puebla fué tomada, el cuadro había cambiado ya; en vano dijeron las iluminaciones de Richmond el regocijo de los confederados por nuestra derrota; precisamente en esos días la caída de Vicksburg, el Sebastopol de la rebelión, en poder de Grant y la formidable batalla de Gettysburg, comenzaban el período agónico de los estados esclavistas. Y la resistencia que entodas partes presentamos y la necesidad de los franceses de dispersar sus columnas en todo el país, y la situación que definían así los oficiales, "no es nuestro más que el terreno que pisamos," y Juárez, que por su granítica persistencia dió á la Intervención el aspecto trágico de un empeño insensato en lucha con la inmutable fatalidad, hicieron imposible todo plan de ayuda á los secesionistas. Cuando la invasión lanzó hacia el Norte su postrer oleada, cuando Brincourt acupó Chihuahua, todo había concluido, la guerra civil en los Estados Unidos había pasado á la historia.

Todavía no hay suficiente perspectiva para trazar una historia definitiva de la Intervención, pero sí es tiempo de que la generación que la vió como un apasionante y grandioso drama, la cuente, sacrificándolo todo á la verdad, intentándolo cuando menos; no faltará, según creo, quien acometa la empresa de nuestro lado; del francés toca hacerlo á Hans; tiene para ello condiciones especiales de buena fe, de ciencia notable de los hechos, de amor por el país en que comenzó su vida de soldado y de facilidad y limpidez de estilo que le son garantes del buen éxito. Ojalá. Ahora, lectores, vamos á hablar de lo que pasa en el Exterior.

Tienen ustedes para bien saber y mejor entender.....

Justo Sierra

Fernando Lesseps.

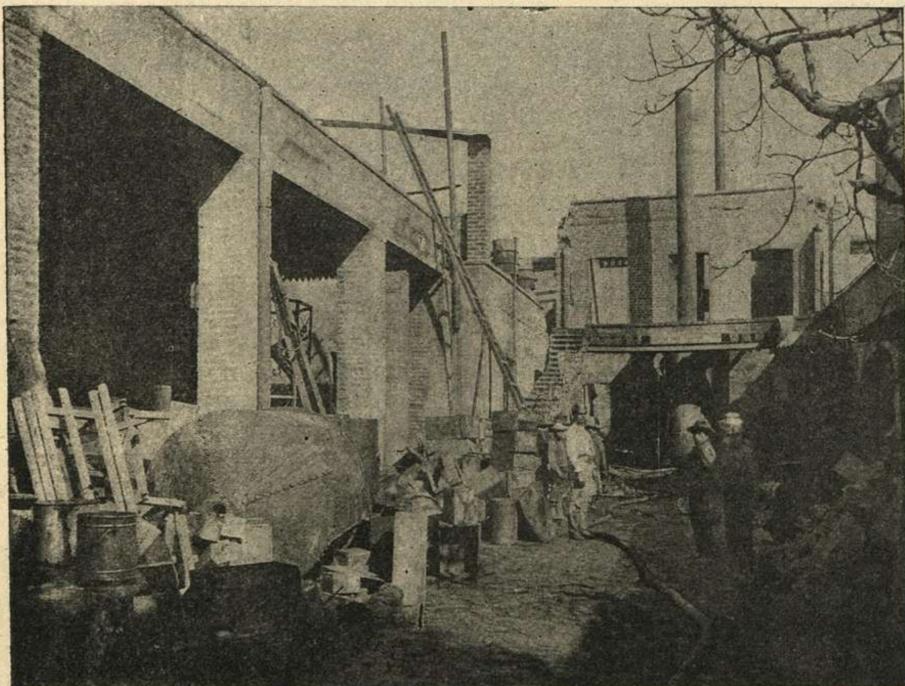


Hoy que la gratitud de los accionistas del Canal de Suez eleva grandiosa estatua al prodigioso ingeniero y al fecundo é infatigable hombre de empresa, que rompiendo un istmo, como de un hachazo, modificó la configuración del planeta y transformó las condiciones del comercio del mundo; hoy, que una obra de reparación se lleva á cabo, levantando ante la posteridad la figura del grande hombre sobre el océano de iniquidad en que naufragó su prestigio, importa recordar quién fué el hombre y para enseñanza de todos el ejemplo de sus energías, de su labor inmensa, de sus luchas y de sus triunfos.

De Lesseps, más que "gran francés," título que justificadamente le otorgaran sus contemporáneos, era francés completo, acabado, tipo de lo que de más noble, más grande y más brillante tiene esa raza privilegiada. Era francés porque era caballeresco, galante y pulcro; cuando el 4 de Septiembre, su amiga de infancia, la Emperatriz Eugenia, se vió como María Antonieta, sitiada por una multitud indignada, ciega, dispuesta á todas las violencias y á todos los arrebatos, de Lesseps, hendiendo la furiosa multitud vino á las Tullerías á ofrecer su brazo como apoyo y su pecho como escudo á la infortunada soberana.

Si era francés por lo caballeresco, lo era más aún por el brillo de su talento, por el ímpetu de su voluntad, por su desparpajo y su "cranerie" para manejar hombres, cosas y fortunas, y por el carácter grandioso y altamente poético de sus concepciones técnicas. Romper un istmo, comunicar dos mares, disponer como un tálamo el lecho del canal de Suez al beso íntimo y á la fusión completa de la ola amarga del Mediterráneo con la onda salobre del Mar Rojo, antes parece un poema, una epopeya, que un burdo trabajo material. Ese carácter épico revestían las conquistas napoleónicas y ese esplendor mágico el despotismo del Rey Sol, y esa grandiosidad, bien que trágica y siniestra, los excesos de la Gran Revolución. Grandiosas y bellas, tal es el carácter que el espíritu francés da á todas sus concepciones y la energía francesa á todas sus ideas. La de Lesseps era empresa tan temeraria, al parecer, y al parecer también tan irrealizable, que cuando el Gran Francés propuso ese retoque á la obra del Creador y esa portentosa evolución al comercio universal, se vió, como todos los genios, tratado de iluso, y el recelo, la desconfianza, la sátira y hasta el anatema, se le atravesaron al paso.

Lesseps, como Colón, hizo frente á la tempestad y perseveró en su magna obra. Sedujo con la magia de su palabra la imaginación oriental de Ismail, recorrió Francia, hizo una propaganda febril y perseverante, nuevo apóstol propagó la fé y dió al fin comienzo á sus tareas. La lucha



Patio de la fábrica. En el fondo el departamento donde comenzó el incendio.



Estanques de aceite incendiados.

El lunes 11 después de las diez de la noche se declaró un incendio en la Fábrica de Aceites de la Calle de las Delicias, negociación de la que son dueños los Sres. González Hnos. No obstante la gran cantidad de aceite depositada, los bomberos hábilmente dirigidos cortaron el fuego pocas horas después. Se estiman las pérdidas en más de \$50,000. Por esta cantidad estaba asegurada la negociación.

empezada con tan buen éxito contra la resistencia de los hombres, se continuó más encarnizada y sangrienta contra la materia inerte y enemiga. Diez, cien, doscientos, quinientos millones, nada bastaba, aquellos arenales absorbían el oro, como rocío. Ejércitos de trabajadores con la portentosa artillería de una maquinaria formidable apenas lograban arañar la rebelde corteza terrestre; el istmo se defendía tenazmente contra aquella violación, ya era la roca dura é impenetrable que levantaba ante el trabajo de zapa reductos inexpugnables, ya la arena movediza que tendía redes y organizaba emboscadas y oponía el derrumbe y el hundimiento de los esfuerzos de la excavación; brotaban á veces las aguas subterráneas y anegaban, inundaban y ahogaban los trabajos y á los trabajadores. Aquello no era un canal, era un abismo que había que colmar con oro. Inglaterra miraba aquel esfuerzo ciclópeo con irónicas ojos y esperaba con burlona sonrisa el desastre.

De Lesseps se multiplicó ante el peligro y se agigantó ante el obstáculo; la fecundidad de su genio y de su saber técnico inventó recursos para todos los eventos, soluciones para todos los problemas, teoremas para todos los cálculos. El ingeniero vencería si el financiero combatía á su lado, y Lesseps se hizo financiero el más fecundo, el más ingenioso que puede darse. Inventó títulos cuya nomenclatura sería interminable, creó valores sin cuento, ideó combinaciones financieras prodigiosas; consumió un capital enorme, de imprevisible magnitud y abrió al tráfico el canal en presencia de testas coronadas con la bendición de obispos y de gerarquías eclesiásticas y rodeado de cuanto de más grande é ilustre tenía entonces la Europa civilizada que aplaudía, incensaba y casi deificaba á aquel hombre.

Aquel opoteosis debía tener su cruel y doloroso reverso; la materia vencida en Suez, tomaría su revancha en Panamá y el vencedor de las arenas del desierto, había de ser vencido por los fangos del Chagres y los peñascales de la Culebra. ¿Por los fangos y los peñascales? No; la justicia histórica dirá que el coloso fué vencido por la maldad y la corrupción de los hombres. Aquel Austerlitz tuvo como epílogo un Waterloo, pero

no fueron un barranco y una escarpada meseta los que obstruyeron y cortaron el camino del triunfo, fueron abismos de iniquidad y monstruosos hacinamientos de vicios los que cerraran el paso al triunfador de Suez é hicieron de Panamá un Waterloo.

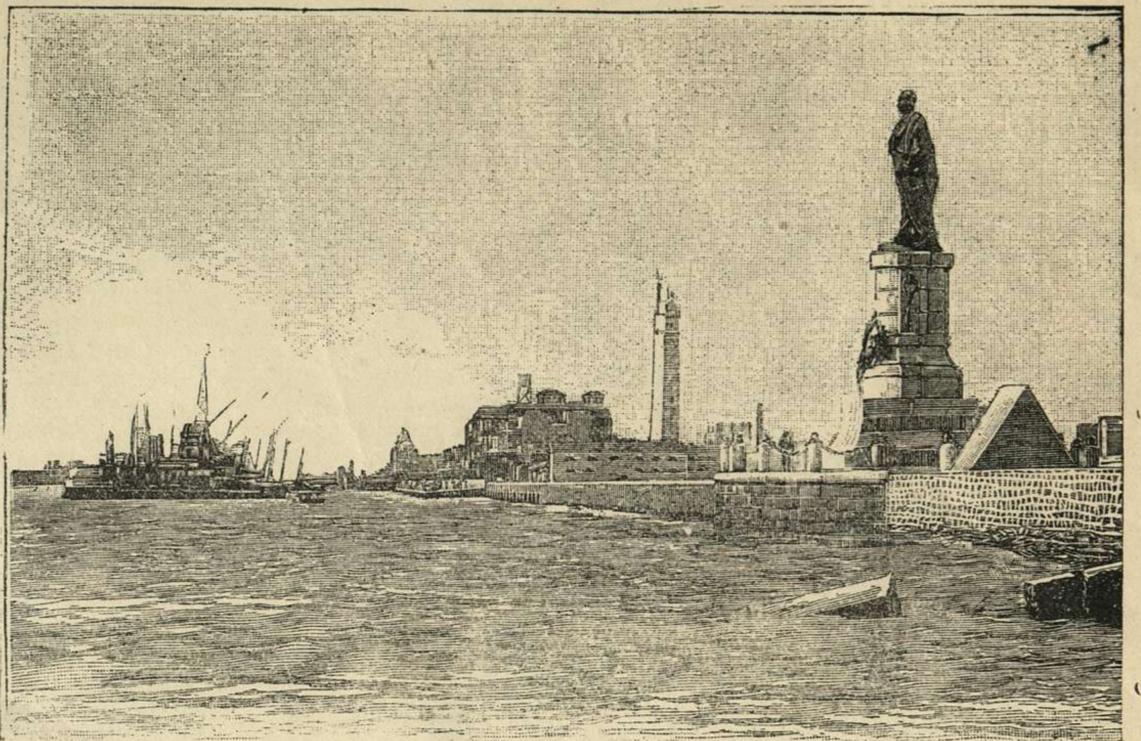
Las finanzas salvaron la empresa de Suez, los financieros hundieron á Lesseps en Panamá, lo saquearon, lo despojaron, lo arruinaron en complicidad con politicastros venales; y ese abismo es incolmable, y ese buitre insaciable y si devoró seiscientos millones sobre mil cutrocientos hubiera acabado por devorarlos todos y por vaciar la alta finanza y la baja política en sus cajas fuertes todas las medias de lana de Francia.

El proceso de Lesseps no fué el de un hombre,

fué como el de Galileo, el de una época y el de una institución. Condenado por los jueces salió de la prueba engrandecido ante la opinión por el injusto martirio; arrastró las gloriosas cadenas de Colón, vistió un sambenito como Giordano Bruno; pero la sentencia que no se atrevieron á aplicarle le ungió víctima, sus cadenas se transformaron en palmas y su coraza en laurel.

Los accionistas de Suez, enriquecidos por Lesseps, le levantan un monumento expiatorio y lo rehabilitan ante la posteridad. Ese monumento acabarán por hacerlo suyo Francia y la humanidad.

Dr. M. FLORES.



Monumento erigido á Lesseps en Puerto Said.



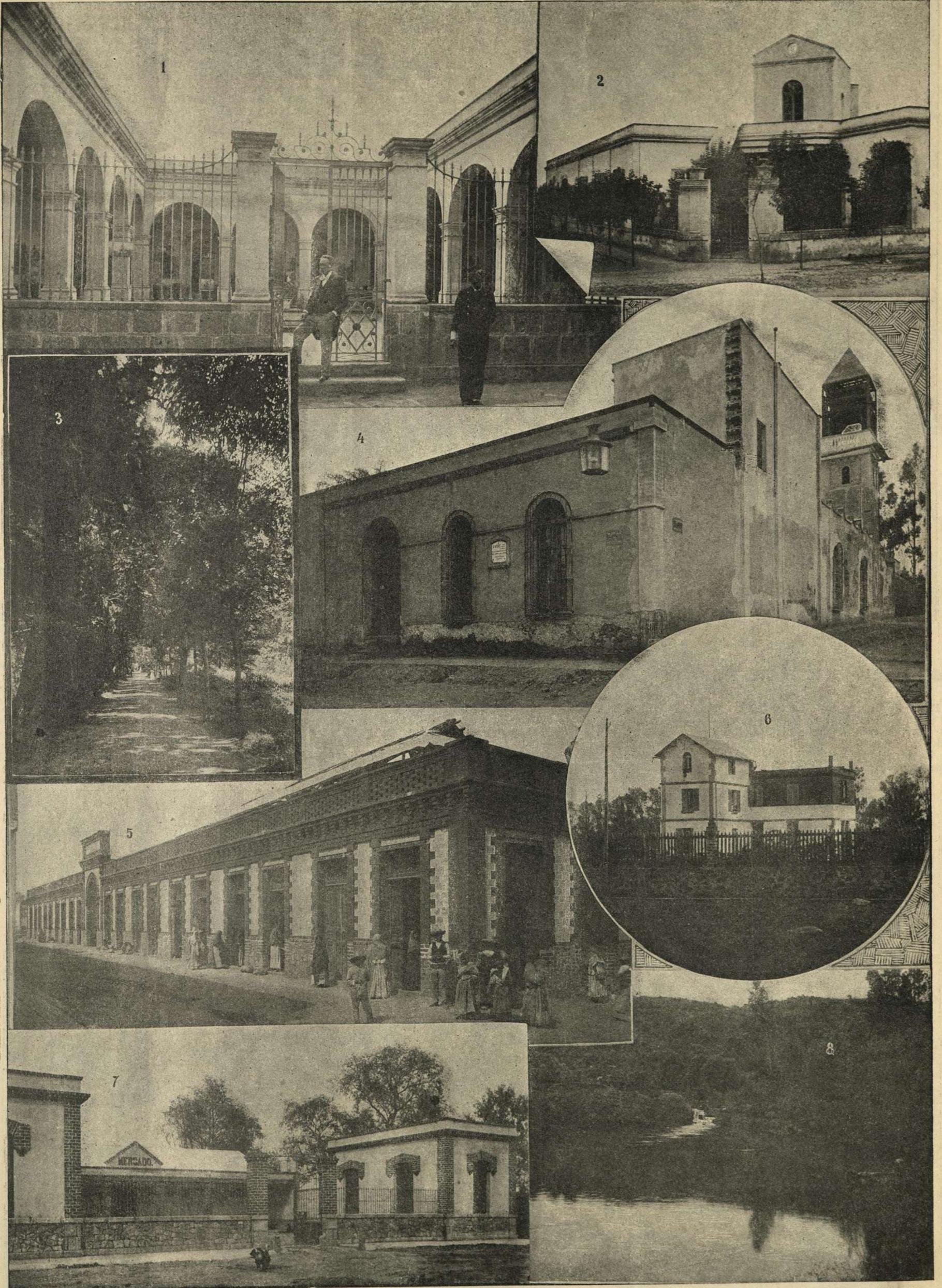
El busto de la estatua de Lesseps en el muelle.

ALREDEDORES DE

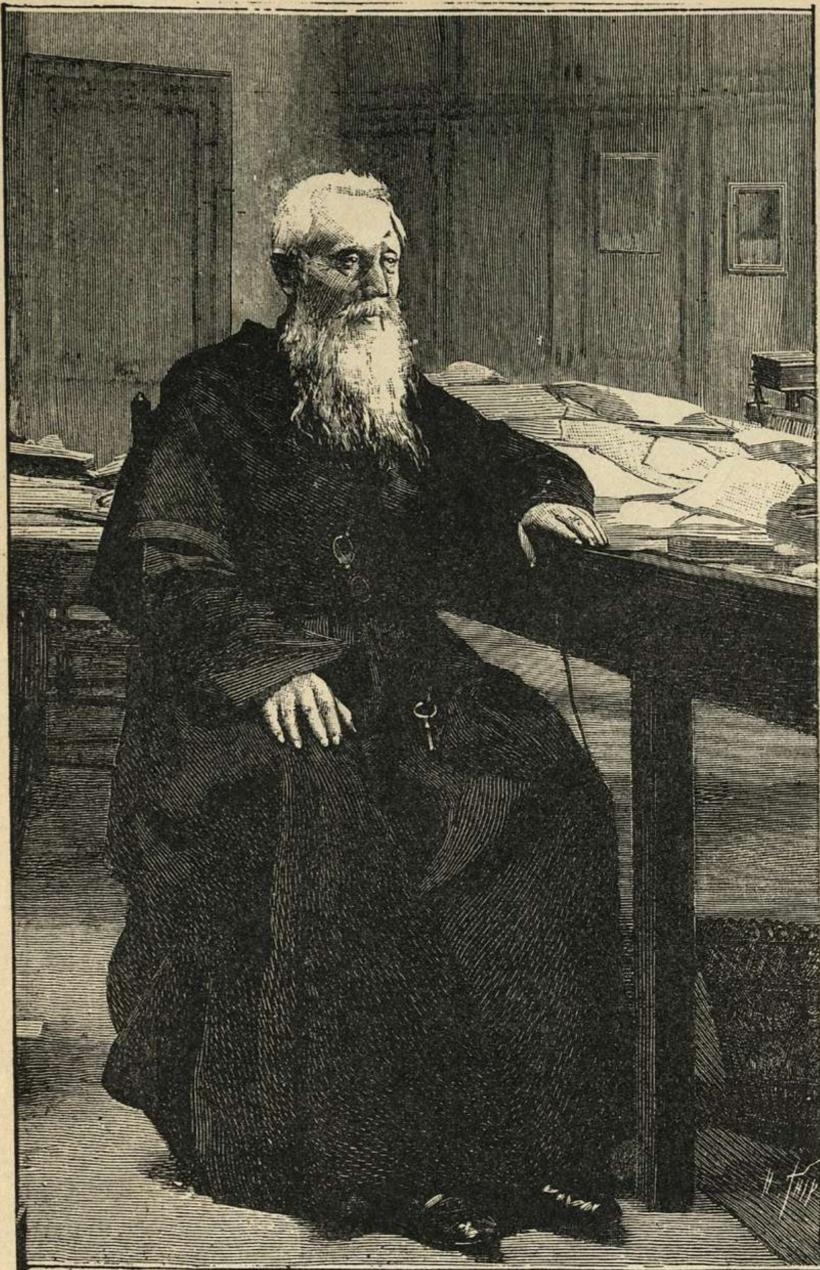


1. Casa del Sr. Espinosa.—2. Antiguo camino real.—3. Gruta y manantial de las Fuentes.—4. El canal de la «Fama Montañesa.»
5. Alberca de la «Fama Montañesa».—6. Las Fuentes.—7. Portada de la casa de la Sra. Landa.—8. Ermita del Calvario.

MEXICO.—TLALPAM.



1. Casa del Lic. Victoriano Agüeros.—2. Casa del Sr. Arias.—3. Una calle de Tlalpam.—4. Casa en que estuvo preso el libertador Morelos. Tiene una lápida con la inscripción siguiente: «In Memoriam. Esta fué tu prisión ¡oh gran soldado! Por el crimen de habernos libertado.»
 5.— El Mercado en construcción.—6. Casa del Sr. Balme.—7. El Mercado en servicio.—8. Detalle de la Alberca en las Fuentes.



El P. Bailly, director de «La Cruz.»

LA ESTATUA DE M. DE LESSEPS

El 17 de Noviembre se inauguró en Puerto Saïd la estatua de Lesseps, costeada por la Compañía del Canal de Suez.

En otro lugar se publica un artículo en que el Doctor Manuel Flores, pre-

senta la figura histórica del "Gran Francés," así es que sólo hablaremos aquí del monumento que consagra á la memoria del eminente Ingeniero la gratitud de los accionistas del canal.

La estatua es obra del célebre escultor Fremiet. Tiene siete metros de altura y se levanta sobre un pedestal de más de diez metros. M. de Lesseps está

de pie, con la cabeza erguida mostrando su obra gigantesca. La vista de esa estatua disipa la atmósfera de tristeza é incertidumbre dolorosa, que opacó los últimos años del prodigioso innovador.

Recordamos, sin quererlo, las fotografías que lo representaban, débil, paralítico, hundido en un sillón. Gracias á M. Fremiet y á la compañía, verá el mundo al Fernando de Lesseps que fué á la vez una naturaleza tan enérgica y un gran seductor: al "Gran Francés," erguido, glorioso, transfigurado, en el teatro de sus proezas.

En la mano izquierda tiene Lesseps un plano, el del canal, tan fielmente reproducido en el bronce, que bastarían sus indicaciones para hacer de nuevo la obra.

En el pedestal se lee el nombre de Lesseps, y más abajo, entre una corona, la divisa "Aperire terram gentibus."

El monumento parece que surge del brazo de mar formado por de Lesseps, á la entrada del puerto.

La obra de Fremiet fué conducida á Puerto-Saïd por un buque inglés, porque ninguna compañía francesa se atrevió á transportar las enormes piezas de bronce. Amagado el buque por una tempestad en el Golfo de Gascuña, regresó á Inglaterra, para comprender de nuevo su viaje que llevó á cabo con felicidad.

UNA INSTITUCION MONASTICA

Acusados de conspiración los Padres que dirigen "La casa de la buena prensa" de París, han recibido visita domiciliaria, en la que se dice que diez comisarios de policía encontraron la enorme suma de un millón ochocientos mil francos, dentro de una caja de hierro.

Justa ó injusta la acusación, culpables ó inocentes los venerables Padres de la Asunción, dueños y gerentes de esa casa editorial, lo cierto es que la institución que han fundado y que llega á un grado de prosperidad asombroso, despierta la curiosidad del mundo civilizado, porque muestra uno de los organismos industriales más importantes, puesto al servicio de la idea católica.

Los Padres de la Asunción ocupan en París, en el barrio de los Campos Elíseos, la casa número 8 de la calle de Francisco I y las que tienen los números 3 y 5 de la calle de Bayardo.

La sala de redacción de la casa es muy vasta y trabajan en ella más de cincuenta escritores de planta.

La imprenta está admirablemente montada. Los talleres de composición

dan ocupación á más de cien señoritas, obreras, aprendices y correctoras, bajo la dirección de Hermanas de la Asunción. Los talleres de tiro tienen diez y nueve prensas de las mejores marcas y de los sistemas más perfeccionados. En el subsuelo hay dos motores de vapor que mueven esas máquinas y los dinamos de luz eléctrica, y un motor auxiliar de gas. En los talleres de fotograbado, de encuadernación y en los demás anexos, trabajan otras cien mujeres. Por último, las oficinas de envío y la administración, tienen un personal numeroso, organizado admirablemente. El efectivo total de empleados se eleva á la cifra de quinientas personas.

¿Qué relación puede haber entre un establecimiento industrial de tan vastas proporciones y una comunidad religiosa? Héla aquí:

La idea de los fundadores de "La casa de la buena prensa," se condensa en los siguientes términos: "Como la Iglesia tiene la facultad maravillosa de adaptar sus medios de acción á las exigencias de los tiempos, la enseñanza de la cátedra debe reforzarse con la propaganda por la prensa; al periódico propagandista de ideas subversivas, debe oponerse el periódico sano." La empresa de los Padres de la Asunción, es la aplicación de esta fórmula.

Este es el origen de sus publicaciones periódicas, veinticinco por todas, y de su diario de á cinco céntimos "La Cruz."

Algunas cifras bastarán para indicar el desarrollo y la gran prosperidad de esa casa. "El Peregrino," fundado en 1873, tira 190,000 ejemplares; "Las Conversaciones Dominicales," 102,000; "Las Vidas de los Santos," 500,000; "La Cruz," fundada en 1883 y escrita á la manera de los diarios populares tiene un tiraje de 190,000 ejemplares; "La Cruz del Domingo," con "El Labrador," para los campesinos, tira... 520,000, y "La Cruz de los Marinos," 10,000.

Si á los periódicos, desde "El Cosmos," gran revista científica, hasta "El Mes Literario y pintoresco," y "Noel," revista infantil semanal, se añaden los libros, las estampas y las fotografías para proyecciones luminosas y cinematográficas; si se considera que cada año hace circular la casa, ciento treinta millones de hojas impresas, que todos los días le lleva el correo más de seiscientas cartas, y, por último, que con su personal administrativo y obrero, tiene cincuenta escritores de planta, nadie extrañará que los reverendos Padres ocupen tres edificios con su gran instalación.



Imprenta de la «Casa de la buena prensa.»



La guerra del Transvaal.--Ataque del Regimiento de Gordon contra los boers en Slandslaagte.



LOS PENACHOS

A principios de Diciembre, poco después de que Lannes saliera de Tarragona, un escuadrón de dragones entró á esta ciudad.

Era un gran regimiento destrozado, aunque poco temeroso, diezmado por las emboscadas, tan abatido por los sufrimientos, que la mayor parte de sus hombres parecían viejos. Preocupados únicamente por la gloria, habían atravesado la Europa y, de 1805 á 1808, eran los últimos del Antiguo Ejército, los que durante las marchas referían sus aventuras, contando á los quintos con voz baja que temblaba todavía los terribles sucesos de Austerlitz.



—¡Alto!

Habían llegado á la plaza del mercado, rodeada de bajas casuchas. La ciudad parecía muerta. Sólo se oían, de tiempo en tiempo, las pisadas de unos zuecos ferrados, la monótona canción de los arroyos que cruzaban la ciudad y el inmenso grito del viento de la montaña que soplaba á lo lejos....

—¡Hola! dijo el coronel; que registren las casas!

El tal coronel contaría á lo más unos treinta años. Era delgado, rubio, y seguramente al fuego de los combates había ido á buscar todas las heridas que, de pies á cabeza, se ostentaban en su cuerpo. Columpiándose nerviosamente en la silla de su caballo, miraba hacia las puertas que los soldados estaban ya demoliendo, y se acariciaba sus rojos bigotazos atuzados á la "gauloise."

—¡Ah! con que se han encerrado esos brutos!

En efecto, mujeres, ancianos y niños se habían encerrado en las casas al ver llegar á los dragones.

—¡Juntad á las mujeres! dijo el coronel.

El terror invadió todas las casas y la ciudad entera abrió sus puertas.

—No se encuentra ni un sólo hombre, dijo un oficial.

—¡Diablo! dijo otro, esto quiere decir que se nos prepara una emboscada.

Entre tanto, los grupos de mujeres llegaban como rebaños; las calles se inundaban de zagalejos claros, y mil voces agudas llenaban el aire con improperios. Una vieja, con los brazos levantados, chillaba más que nadie.

Los soldados escoltaban á aquellas infelices; las bonitas sonreían, pero casi todas caminaban á viva fuerza, con los dedos engrifados, presas de horrible desesperación. Al oír las carcajadas de los dragones, insultaban al coronel, y algunas, más valientes, lanzábanle guijarros á la cara.

—¡En montón, en montón!

Había algunas que daban el seno á sus chucuelos desnudos; otras con un santo furor, sacudían sus vestidos. Se les separaba de los viejos en quienes encontraban amparo, y de los niños á los que infundían valor. Una muchacha se daba golpes en el pecho y las otras hacían con su sangre el signo de la cruz, arrojándole después sobre los soldados; y la vieja gesticulaba y gritaba



con una voz tan ronca y tan terrible, que á lo lejos, entre los inmóviles pelotones, los caballos espantados se encabritaban....

—¿Ya? preguntó el coronel, ¿están aquí todas las mujeres?

—Todas.

—Bien; id ahora por todas partes á buscar tijeras!

Varios soldados, guiados por tres de las muchachas menos furiosas, entraron á las casas, volviendo á los pocos minutos.

Entonces el coronel se acercó á las mujeres y tomando á una por el cuello, al mismo tiempo que señalaba á las demás con un gesto:

—Cortadles á todas el cabello, dijo, sin exceptuar á ninguna y á raíz de la piel.

Y se echó á reír mientras subido en su caballo, que se impacientaba por lanzarse á la carga, miraba en derredor á las mujeres.

Adivinando más que oyendo el mandato, éstas se lanzaron sobre los dragones, entregándose ellas mismas á las cortantes hojas de las tijeras. Hubieran querido morir, pero sostenidas fuertemente, no pudieron moverse ya, y bien pronto, con los cuellos inclinados, vieron sus hermosas cabelleras caer por tierra....

Se les cogía por el talle, haciéndolas adoptar una postura que las obligaba á deponer el orgullo de sus altivas cabezas, y ellas entonces mordían con rabia los puños de las espadas.

Sus gritos fueron inútiles. El coronel, desde su caballo miraba que ninguna fuese exceptuada y asistía con regocijo á la operación. De la nuca á la frente, los hermosos cabellos caían formando una cascada, los unos largos, tan largos que llegaban al suelo, los otros espesos y opulentos; y todos caían, caían á los pies de los soldados, como velos, como pesados paños que resbalan....

—¿Ya? preguntó de nuevo el coronel, ¿están ya tonsuradas todas las mujeres?

Sólo se oían los gritos de las infelices. La mayor parte de esas cabelleras estaban prometidas á la Virgen. Las mujeres se quejaban dolorosa-

mente, algunas arrodilladas, con las manos juntas, mostrando al cielo sus cabelleras tronchadas..

Un capitán acercó su caballo:

—Todo está listo, mi coronel.

Los cabellos cortados estaban alineados por tierra, formando cerco á la plaza, á semejanza de un cortejo de serpientes....

El coronel, muy divertido, pasaba delante de las caballerías, corriendo al trote. Tras de él iban los soldados á caballo, y se complacían igualmente viendo á las mujeres que en medio de sus llantos, se cubrían la cabeza con sus pañoletas y mantillas.

Los cabellos eran negros, y de ellos se exhalaba un suave y dulce olor á jardín....

De pronto el coronel detuvo su caballo.

—¡Dragones! gritó.

Y luego, de un salto, se puso al frente de sus soldados, diciéndoles:

—¡Poned esas melenas en lo alto de vuestros cascos!

Un estallido de risa se alzó del escuadrón. Todos á la vez, se avalanzaron sobre las cabelleras, y como las había en profusión, cada uno tomó la suya. Las más eran sedosas, "infantiles," si cabe la palabra, y ondulaban como en los campos el trigo; otras espesas y pesadas, que harían inclinarse hacia atrás las cabezas de los guerreros.



La tarde caía. A los débiles rayos de un sol melancólico, estos hombres parecían ochocientos fantasmas, y las cabelleras que flotaban sobre sus cascos, semejaban ochocientas fuentes de sangre negra.... Un viejo sargento, de altura prodigiosa, balanceaba en alto el hermoso penacho. Otro llenó sus botas con una de aquellas cabelleras. Un subteniente separó en dos bandas la que á él le tocara, y hundió en ella su rostro, aspirando con voluptuosidad su perfume, mientras reía de júbilo. Algunos soldados muy jóvenes, escogían las más hermosas y aspiraban también con delicia el suave olor que emanaba de ellas. Esto duró una hora. Al fin los cascos estuvieron listos.

Estos cascos habían sido en otro tiempo "á la Minerva," y estaban todos acribillados por las balas y los sablazos, habían cambiado de dueño más de una vez; habían cruzado la Europa y, de 1805 á 1808, eran los últimos del Antiguo Ejército, que durante las marchas, posados ya otras cabezas, contaban á los asombrados ginetes el gran suceso de Austerlitz.

Sonó de pronto, una trompeta.

Inmediatamente el regimiento se puso en marcha. Todos los soldados eran altos, y de sus penachos se exhalaba un aroma delicioso.

El coronel desenvainó su espada y se colocó á la vanguardia. De pronto oyóse un grito, y una vieja que salió de entre unos matorrales, echó á correr tras de los caballos. Era la vieja que poco antes gritaba enronquecida por el furor. Uno de los soldados se detuvo para arrestarla, y como no se le hubieren cortado los cabellos, el coronel exclamó:

—¡Y bien.....

Alguien proporcionó al pronto unas tijeras.

—De prisa.....

Los cabellos blancos como la nieve, cayeron al suelo.

—Para mi casco! se dijo el soldado.

Y colocó en él aquella cabellera blanca que parecía nimbarlo con una luz suave. En medio de la confusión de los soldados, la vieja se revolvió como una leona herida.

—Nada importa, dijo el coronel, y mirando hacia la montaña, agregó: allí estarán sus hijos esperándonos en el desfiladero.

Y á su grito de ¡marchen! los escuadrones se pusieron en movimiento pasando junto á las mujeres que con los puños apretados, les lanzaban mil injurias.

Los viejos soldados pensaban en la emboscada de la montaña, pero los jóvenes veían en su imaginación á sus madres y hermanas. Uno de ellos volvió el rostro hacia las mujeres, y casi llorando, les dirigió un saludo.

A la salida de Tarragona, las veredas no son anchas; hay que cruzar caminos erizados por los picos de las rocas.

El regimiento avanzó por un desfiladero, caminando así por espacio de una hora, entre la sombra azulosa de una tarde fría, hacia la emboscada, hacia los españoles, sin duda hacia la muerte. Y quizá una de aquellas mujeres que se habían quedado allí en la plaza, arrodillada y atenta, se emocionaba mirando á la tropa vagar por los montes, decreciendo poco á poco como una banda de pájaros que van de viaje, y entristecida, se preguntaba mirándolos, cuál de todas aquellas cabelleras que agita el viento, sería la suya.....

GEORGES D' ESPARBES.



Cuentos Blancos.

Una Vieja Historia

Puesto que tú lo quieres, sea, ¡oh hermana armoniosa!

Pero créeme: ha mucho tiempo que de mi pluma huyó el perfume lilial; ha mucho tiempo que mi pluma, de infatigable mariposa que era, revolando siempre en torno de todas las pensiles y libando en los cálices de todas las rosas, se ha trocado, fatalmente, en acero disector que sólo busca corazones que mondar y estados de conciencia que sorprender.

Mas no importa, amiga mía: cuando vienes á mí, radiante con la núbil alegría de tus quince años, dando al aire el áureo chorro de tus cabellos y dispersando saetas azules y húmedas con el arco augusto de tus cejas, no sé qué viejas remembranzas se esperezan y cantan en el fondo de mi alma y no sé qué fulgores alumbran las crecientes sombras.....

Y tú, no me temes porque sabes que no pido más caricia á tus encantos que el inefable júbilo de verte vivir; porque sabes que para conmover mi pobre espíritu, aún sembrado de romanticismos á pesar de todo, me basta contemplar tu virginidad nimada de divinas inconsciencias.

Y quieres cuentos..... Pues bien, para tí, es preciso que mi pluma sea virgen y santa, amorosa y pura, blanca y piadosa. Lo será, por arte de tu blancura y de tu pureza, por tus ojos color de cielo, por tu frente de marfil, por tu boca de framuesa, por el oro de tus cabellos....

Y porque tú lo quieres, amiga armoniosa.

I

Esta es una vieja historia que en una tarde de deshielo, mientras las alburas de la nieve se manchaban de lodo y los hielos del estanque se rompían con fragores cristalinos, me fué narrada por el vetusto, marmóreo Cupido de un parque muy viejo y muy sombrío.

¿Conoces tú esas estatuas de mármol, sucias y



carcomidas por la lepra de los tiempos, que se esconden en los recodos de los viejos parques? ¡Pobrecillas! En sus pupilas petrificadas, siempre he creído hallar un amargo reproche; pareceme que cuando allí fueron colocadas, para ornato de aquellos vastos asilos de amor, el enarcanamiento de sus labios debió ser más amable que el que hoy ostentan, y pareceme que hoy guardan un coraje profundo y eterno contra estas nuevas generaciones que no hemos sabido sorprender las delicias de la línea que recorta albamente los sombríos hacinaamientos de las matas y de los arbustos.

El Cupido de quien tengo la historia que voy á narrarte, habíase pasado luengos años inmóvil sobre su pedestal, de suerte que sus ojos sin vida habían visto á muchas parejas enamoradas, y sus oídos de mármol habían escuchado los madrigales de más de diez generaciones. Había sido el confidente forzado de más de un conflicto amoroso, y á sus pies habían rodado las lágrimas de muchas vírgenes que hoy son polvo en las entrañas de la tierra, y que, si vivieran, tendrían la suerte de contemplarse entre nosotros en la veneranda calidad de bisabuelas.

Aquella tarde de deshielo en que trabé relaciones con tan experimentado Cupido, recorría el parque en pos de no importa qué quietudes, cuando escuché un gemido, un gemido angustioso que parecía surgir del fondo de algún sepulcro milenario, y que detuvo mis pasos con el imperio de un conjuro mágico. Y, como era de rigor, miré en torno mío y no ví nada. Mas persistía la queja, y persistía de tal manera desgarradora que, en medio de mis propias tristezas, sentí una piedad infinita y me creí capaz del consuelo. ¿Pero á quién consolar, si á nadie veía?

Seguí la dirección contraria al viento que en sus vibrantes ondas traía el gemido y tras mucho buscar, dí con un montón de nieve que envolvía aparentemente alguna escultura. Escuché el suspiro con mayor vehemencia, me acerqué más y más al níveo bloque y no dudé ya: de él partía la queja maravillosa que tan inoportunamente había roto el silencio vespertino del parque umbrío.

Empezaron mis manos á desgajar la nieve endurecida, y poco á poco fué surgiendo la marmórea escultura del Dios Alado, con su carcaj al hombro, con su arco al cinto, con sus alitas frágiles y desplegadas.

Debieron mis ojos prenderse en ella con manifiesta estupefacción, porque, interrumpiendo el gemido, surgió de la impassibilidad del mármol una voz uniforme y pausada, y dijo:

—Se admira un hombre de que el mármol gima, cuando la nieve lo profana? Sepan los hombres, que cuando la piedra es símbolo, la piedra llora...

II

Y prosiguió de esta suerte el marmóreo Cupido del bosque umbrío:

—Tu piedad es rara; es rara la piedad que liberta á los mármoles de los abrazamientos de la nieve. Voy á premiarla. . . ¿Qué buscas en este parque solitario en tarde de deshielo? Es evidente que no vienes á mover tus piernas ankylosadas por el reuma ni á emancipar tu vientre de una indigestión laboriosa, puesto que en tu testa no miro uno solo de esos hilillos de plata que consigo traen semejantes sinsabores. Tampoco acudes á una cita de amor, porque los besos y los madrigales se entumecerían en el frescor de este fin de invierno y en estos tiempos sólo se ama al calor de la chimenea. Ni higiénico ni erótico es tu paseo: luego eres poeta y vienes á soñar tontamente, como todos los poetas.

—Pero, —dije entonces á la parlara estatua— ¿no puede traerme aquí alguna otra causa? ¿Es acaso preciso ser un enfermo á un amante ó un poeta para recorrer un parque?

El Cupido no contestó de pronto; su frente de piedra pareció contraerse un momento, como por una abstracción ó por una ofensa, y en la tersura del mármol señalóse un reborde impoluto y opaco, cual rastro de un cincel incipiente. Y con voz severa, con severa voz que luego fué dulcificándose paulatinamente hasta recobrar su extraña y rítmica monotonía, habló el Cupido en el silencio de la tarde moribunda, mientras algunos pájaros errantes quejumbrosos y friolentos, entonaban vagamente, allá en las alturas de la arboleda desnuda y albina, quién sabe qué plegarias vespertinas. Y dijo:

—Te quise llamar poeta, por no llamarte desocupado. Hoy sólo estos visitan los parques en tiempos de nieve, porque ya las generaciones modernas

no saben abstraerse en la contemplación de las cosas silenciosas y quietas. Por lo demás, casi todos los desocupados quieren ser poetas ó casi todos los poetas son desocupados: no lo sé de fijo. No me interrumpas y escucha: cuando se viene á un parque como este y en una tarde como esta, ó se viene á cumplir mecánicamente un precepto higiénico ó se viene á recrearse en tristezas y en despechos; y como casi todos los hombres lloran desdichas de amor, y como todas las desdichas de amor tienen remedio, oye una historia que ha de servirte y que es tan vieja como la primavera y tan eternamente nueva como la primavera:

III

—Ningún mozo ha amado tanto como amó Rogelio, el que me dió forma de la masa inexpressiva de la piedra.

Fué en los últimos tiempos de los reyes vestidos de seda y de pelo empolvado, cuando graciosamente se reclinaba sobre las lises de Francia la rubia majestad de María Antonieta y cuando se presentía entre las vagas brumas del futuro, el pavoroso brillo de la cuchilla popular.

Rogelio amaba á una Ninón encantadora, sonrosada como un clavel y pura como azucena—(pensé en tí, oh hermana armoniosa!)—y esa Ninón amaba á Rogelio que era hermoso y gallardo entre los gallardos y los hermosos.

La conoció durante un minuetto campestre en los prados de Versalles y con ella danzó la pavana, á los ojos del buen rey Luis que, al mirar tan apuesta pareja, tuvo una amplia sonrisa de buen padre de sus pueblos y de cerrajero feliz.

Se amaron locamente. Ninón amaba á Rogelio con el abandono y todas las timideces de los primeros amores; le amaba con toda su alma nada más: así se ama por vez primera.

Rogelio amaba á Ninón. . . ¿cómo la amaba? Ah! no podré decírtelo: pero sus manos que en aquel entonces esculpían mis formas, tremaban sin cesar y alguna vez—¡mira qué pícaro!—de-

jaron el cincel para acariciar la lira en cantos que solían empezar así:

“Ninón, rubia Ninón, mi Amada, mi Delicia”..

Cuando la piedra con sus rebeldías inconscientes y purificadoras, detenía por un momento el torrente de ímpetus con que el artista quería hacer de mí su obra maestra, Rogelio no juraba sino por Ninón. Y cuando quedé concluido y satisfecho él, para premiarse, como suprema recompensa, se atrevió á robar el primer casto beso á los frescos labios de su Ninón. . .

Y así pasó el tiempo. . .

Un día, como todavía hoy sucede, la sonrosada y pura Ninón fué puesta entre dos capas de tierra para que durmiera el sueño eterno, envuelta en las alburas de la batista y encerrada en una blanca caja, capitonada de raso.

Rogelio estaba inconsolable. Quiso hacerme pedazos, porque decía que yo le recordaba su amor perdido. No sé por qué no lo hizo, pero dejó el taller entre sollozos y por mucho tiempo no sentí sobre mi dura epidermis más que la caricia torturante del olvido y del polvo.

Y volvió á pasar el tiempo.

Un día mi sueño fué interrumpido por un rumor de besos: Rogelio, el inconsolable Rogelio, amaba á otra, había olvidado á Ninón y se embriagaba de besos en unos labios nuevos!

Y mientras tanto, la pobre Ninón en su tumba. . .

IV

Al llegar aquí el relato del marmóreo Cupido, un burgués cruzó las avenidas del parque y la estatuilla enmudeció.

Yo temblé, creyendo que no conocería ya el final de la historia. Pero cuando el burgués se hubo alejado, sonando su pesada cadena de oro sobre la redondez de su enorme vientre, interrogué al Cupido:

—¿Y mientras tanto, qué sucedió á la pobre Ninón en su tumba?

—¡Tenía frío!

JUAN SANCHEZ AZCONA.



VIRGEN PALIDA

Pálida como una lila,
nevada gardenia en flor,
la neurótica vacila
entre el claustro y el amor.

Y cuando reza, medita,
ó los pétalos arranca
de nevada margarita,
por lo bella, por lo blanca,

La colocaría yo:
en un verso de Verlaine,
en un lienzo de Watteau,
ó en un mármol de Rodin.

RUFINO BLANCO FAMBONA.

JUVENTUD DE MUSSET.

~)O(~

I

Mimí Pinson, la griseta
seductora,
arrulla, dulce y coqueta,
con su risa trinañora
la juventud del poeta.
Junto á su amada, el cantor
da al olvido

toda amargura y dolor,
al pie del rosál florido
donde mora un ruiseñor.

Y ella, con vivos fulgores
en los ojos,

al vate de sus amores
ofrece sus labios rojos
y una corona de flores.

Y á la luz de astros radiantes
y entre notas argentinas
del ave, estallan triunfantes
las rotas frases divinas
y el beso de los amantes.

II

En tarde resplandeciente
y aromada,
reclina el genio la frente
sobre el cabello esplendente
de su gentil adorada;
cuando, envuelto en áurea bruma,
cruza el cielo
cisne blanco cual la espuma,
que, herido, pierde en su vuelo,
una ensangrentada pluma.

Con rápida sacudida
se alza el vate,
y ase, el alma conmovida,
la pluma en sangre teñida
cual lanza tras del combate.
Y arranca de ella el tesoro
de sus más tristes canciones,
bajo cuyas alas de oro
se anegan en dulce lloro
los dolientes corazones.

Agosto 97.

MANUEL REINA.